

**Encuentro Educativo**

ISSN 1315-4079 ~ Depósito legal pp 199402ZU141

Vol. 20(2) Mayo - Agosto 2013: 199 - 216

---

## **El lenguaje de la familia y la construcción de la identidad**

*Thania J. Rincón Parra*

*Universidad del Zulia*

*Facultad de Humanidades y Educación*

*Programa del Doctorado en Ciencias Humanas*

*thaniarincon@hotmail.com*

---

### **Resumen**

El objetivo de este artículo es analizar y reflexionar sobre el lenguaje de la familia en la construcción de la identidad de los hijos. El lenguaje es un mundo de posibilidades que genera realidades e intereses de tipo operacional y relacional: lo que se aprende al dominarlo es una forma de convivir con otros y con el medio que surge de esa convivencia. Además, el lenguaje genera dinámicas (relacional, neurofisiológica), que son parte esencial de las acciones de los adultos, sentando las bases cognitivas y emocionales que acompañarán al sujeto durante toda su vida (seguridad, estabilidad, afecto así como desarraigo, miedo, soledad) en la formación de su identidad. Esa identidad va de la mano con el desarrollo de su personalidad y la comprensión del mundo que le tocó compartir con otros.

**Palabras clave:** Construcción de identidades, lenguaje, familia y sociedad.

## Family Language and the Construction of Identity

---

### Abstract

The objective of this paper is to analyze and reflect on the influence of family language on constructing the identity of children. Language is a world of possibilities that generates operational and relational realities and interests: when language is mastered, what is learned is a way of coexisting with others and with the environment that emerges from that coexistence. Additionally, language generates relational and neuro-physiological dynamics that form an essential part of adults' actions, laying the cognitive and emotional foundations that will accompany the subject throughout life (security, stability, affection, as well as uprooting, fear and loneliness) in the identity formation process. This identity goes hand in hand with personality development and understanding the world shared with others.

**Key words:** Construction of identities, language, family and society.

### Introducción: el valor de lo subjetivo

Penetrar en el tema sobre la influencia del lenguaje de la familia en la construcción de identidad, nos ayuda a entender los cambios culturales de nuestras sociedades, los cuales siendo de naturaleza colectiva, tienen su génesis en las transformaciones individuales. Casas Pérez (1999) señala que el investigador teórico se compromete con su tarea de vida y se compromete así la subjetividad con la construcción de lo social, con nuestra voluntad de convivir y aprender de los demás, porque lo que está en juego, después de todo, es la capacidad de adaptación, la conservación de la raza humana y del medio am-

biente, la posibilidad de seguir viviendo para hacer la historia.

Maturana (citado por Díaz Quiñones, 2008) juzga la objetividad al afirmar que lo real se convierte en argumento explicativo para entender la experiencia y no lo real; las nociones de realidad, tiempo, energía y materia, son coherencias de la experiencia, lo real lo configuramos. Nos formamos como humanos en relación a nuestras conductas en consenso con el otro y éstas se dan en la esfera del lenguaje. Esa formación se fomenta con el altruismo biológico natural y la necesidad de formar parte en grupos humanos y operar con ellos. Sin altruismo no hay fenómeno social y no habría consenso sin la reflexión conciente

de los que configuran parte de ese consenso, cuya plenitud se da en la concientización del mismo, tanto de los sujetos como individuos o en sociedad. Es un juego pleno entre el yo y los otros.

Es por lo anterior que la experiencia del individuo y la emoción son parte del análisis de la construcción del lenguaje. La experiencia genera nuevas formas lingüísticas, nuevas formas de coordinar acciones y nuevas explicaciones de la realidad. La emoción participa en la creación de estas nuevas formas, las motiva, transforma y obstruye. El lenguaje y la comunicación no son instrumentos solamente racionales, coherentes, estáticos y contruidos fuera del individuo, sino por el contrario son por el individuo y se construyen con las mismas formas que dominan la realidad del sujeto.

### **1. Lenguaje y construcción de realidades**

La construcción de realidades opera sobre la base de la experiencia, mediante mecanismos de organización para mantener la identidad y la adaptación, lo cual dependerá de procesos de asimilación y acomodación de lo experimentado. La experiencia da la pauta para certificar lo que percibimos con los sentidos, nos obliga a aceptar distinciones y a entender la lucha por la determinación e indeterminación de la convivencia social, y de cómo a

través de ella forjamos realidades, a nosotros mismos y al mismo tiempo creamos una convención interpersonal de lo real. Todo lo que ocurre en un organismo surge en él en cada instante, determinando su estructura. La experiencia y el conocimiento se forjan gracias a las capacidades biológicas-estructurales para experimentar en el medio, el cual no determina nuestra estructura sino que la "gatilla". El lenguaje está situado entre el "gatillar" la estructura cerrada del individuo y el fenómeno social: el lenguaje nos hace ser humanos. Un solo individuo no puede producir el lenguaje, es un juego que se da en la interacción social; por tanto, el ser humano es gracias al lenguaje y no al revés (Maturana y Valera, 1995).

Es así como Maturana sostiene que el lenguaje, gracias a su plasticidad, es un modo de convivir en *coordinaciones conductuales consensuales*, en donde participa la conducta del individuo (emoción y experiencia) como agente generador, propulsor e incitador del mismo. El hombre es el único ser capaz de coordinar una red lingüística con la cual se coordina un espacio de convivencia. El fenómeno social es un fenómeno lingüístico: la diversidad de redes lingüísticas no es más que la diversidad de estructuras culturales por las cuales se desarrollan las distintas comunidades del convivir.

Por todo lo dicho, lo que nos diferencia del resto del mundo ani-

mal, proviene de la relación que el hombre tiene con el mundo, una relación que se guía bajo los símbolos, se estructura bajo enramados lingüísticos de significados y significantes que controlan el entendimiento humano. Maturana (1995) formuló el término *autopoiesis* refiriéndose a la capacidad de un sistema para organizarse de tal manera que el único producto resultante es él mismo. Desde esta perspectiva, no existe separación entre productor y producto, entre el ser y el hacer, y constituye el modo específico de organización (comportamiento) que determina que nuestra experiencia está amarrada a nuestra estructura de forma indisoluble. No podemos ver aquello que nuestra estructura visual no nos permita ver, ni oír aquello que nuestra estructura auditiva no nos permita oír; estamos amarrados a la forma en la cual estamos contruidos. Por ello, no hay separación entre nosotros como observadores y aquello que observamos, con nuestros sentidos configuramos nuestro medio, lo abstraemos. Somos nosotros con el medio y por ello somos el medio (Maturana y Varela, 1995).

Estas afirmaciones de Maturana, en conjunto con sus descubrimientos en el sistema nervioso -los cuales proyectó hacia estudios de la neurobiología, el conocimiento, la antropología social, el lenguaje y la evolución biológica- nos permite determinar que hay dos intereses di-

ferentes dentro de los seres vivos: uno operacional, y el otro relacional. De la misma manera, nos lleva a comprender la importancia del carácter histórico en el ser vivo y su formación estructural en participación con su existencia dentro del medio en el cual se desenvuelve.

El medio sólo puede ser entendido como las experiencias que conforman el carácter histórico del sujeto que lo vive y toda explicación biológica se desarrolla gracias al operar histórico de las experiencias del ser vivo, lo que configura su presente bajo los procesos que se dieron desde su origen y determina al ser vivo dentro de su operar actual. El sistema nervioso actúa entonces por sus caracteres y estructuras internas y no por el exterior, es una historia estructural del ser vivo que lo determina en su presente (Díaz Quiñones, 2008).

## 2. La construcción de identidad

Para Maalouf (1999), la identidad es lo que hace que alguien no sea idéntico a otro. Cuanto más elementos nos vinculen con muchas personas, más numerosas son las pertenencias y tanto más específica es nuestra identidad. Cada quien construye su identidad a partir de lo que ha vivido, sentido, pensado, tenido o perdido desde que nació hasta el presente, y mañana podrá ser diferente, al sumársele -o restársele- otras perte-

nencias. En la identidad está involucrado todo lo que hace única cada historia humana: personas (hijos, familiares, parejas, amigos, compañeros y desconocidos que hayan sido en algún sentido significativos), lugares, acontecimientos, experiencias, circunstancias, música, literatura, nación, lengua, nombre propio, apariencia física, salud o accidentes y enfermedades; también los buenos y malos recuerdos, los cambios de humor y de personalidad, proyectos, metas alcanzadas o frustradas; así como las épocas duras, difíciles, en las cuales tenemos que enfrentar lo que somos y lo que no podemos ser. Muchos son los elementos que conforman la identidad, aunque al tratar de definirla vengan a la mente muy pocos de ellos, porque en un determinado momento le damos prioridad a los que consideramos constituyen nuestra esencia personal.

Sin embargo, no hay una única pertenencia que se imponga absolutamente sobre las demás, aunque la gente suele reconocerse en la más atacada y cuando no se siente con fuerzas para defenderla, la disimula y la deja agazapada en la sombra, esperando el momento de la revancha. Esa pertenencia (rol en su familia, religión, raza, clase social, lengua) invade la identidad entera. Al recordar, por ejemplo, solo fragmentos de nuestra vida familiar que ha sido alguna vez amenazada, dejamos a un lado otras cosas identita-

rias igualmente valederas, porque solemos pensar en aquello que aún no hemos superado o que más nos costó superar.

### 2.1. ¿Una o varias identidades?

Maalouf (1999) sostiene que la identidad no está hecha de compartimientos, no se divide en mitades, ni en tercios o en zonas estancas; y tampoco se tienen varias identidades, sino una sola, producto de todos los elementos que la han configurado mediante una "dosificación" singular que nunca es la misma en dos personas. En todo momento hay, entre los componentes de la identidad, una determinada jerarquía que no es inmutable, cambia con el tiempo y modifica profundamente los comportamientos. Todos los seres humanos, sin excepción alguna, poseemos una identidad compuesta; basta con que nos hagamos algunas preguntas para que afloren olvidadas fracturas e insospechadas ramificaciones, y para descubrimos como seres complejos, únicos, irremplazables. Es exactamente eso lo que caracteriza la identidad de cada cual: *es compleja, única, irremplazable, imposible de confundirse con ninguna otra*. Por comodidad, englobamos bajo el mismo término a las gentes más distintas, y por comodidad también les atribuimos crímenes, acciones y opiniones colectivas. Sin mayores problemas formulamos juicios como que tal familia es "respetable" y la otra es

"una ruina", o tal pueblo es "trabajador" y el otro es "flojo"; tal persona es "auténtica" y la otra es "hipócrita" ...; y a veces terminan convirtiéndose en convicciones profundas. Esas expresiones no son inocentes, y contribuyen a perpetuar unos prejuicios que han demostrado, a lo largo de la historia, su capacidad de ruptura, disgregación, marginalidad, perversión y muerte.

Ante la globalización facilitada por las nuevas tecnologías, Maalouf (1999) advierte que si a nuestros contemporáneos no se los incita a que asuman sus múltiples pertenencias, si no pueden conciliar su necesidad de tener una identidad con una actitud abierta, con franqueza y sin complejos, ante las demás culturas; si se sienten obligados a elegir entre negarse a sí mismos y negar a los otros, estaremos formando legiones de locos sanguinarios o de seres extraviados. Desde el momento en que concebimos nuestra identidad como integrada por múltiples pertenencias, unas ligadas a una historia étnica o religiosa y otras no, desde vemos en nosotros mismos, en nuestros orígenes y trayectoria, diversos elementos confluentes, aportaciones, mestizajes, influencias sutiles y contradictorias, se establece una relación distinta con los demás, y también con los de nuestra propia "tribu". Ya no se trata simplemente de "nosotros" y "ellos", como dos ejércitos en orden de batalla que se preparan para el si-

guiente enfrentamiento o revancha. Ahora podemos sentir que en nuestro lado hay personas con las que en definitiva tenemos pocas cosas en común, y en el lado de ellos hay otras de las que podemos sentirnos muy cerca. Es nuestra mirada la que muchas veces encierra a los demás en sus pertenencias más limitadas, y es también nuestra mirada la que puede liberarlos.

Por su parte, Casas Pérez (1999) opina que podemos tener varias identidades en función de varios ámbitos socioculturales: todo hombre o mujer es, al mismo tiempo, miembro de una familia, de una colonia, ciudad, estado, país, región, y ciudadano del mundo. En la familia actual se sostienen valores e ideales correspondientes a distintos tiempos, lo que acentúa la conflictiva de la elección y apropiación de las propuestas, siempre planteadas para cada ser humano. En ocasiones, fuertes contraposiciones entre reglas, ideales y creencias, podrán resolverse en la transacción, a la manera de la resolución del conflicto. En el caso de un niño es difícil que la transacción sea bipersonal (entre él y otro). Generalmente, debido a la obediencia, sumisión o pasividad que se espera que asuma frente a los mayores; a esa edad el "conflicto" es a nivel inconsciente, y es imposible que lo pueda expresar. Por eso, la solución también es inconsciente y puede manifestarse en esos mismos momentos con algún tipo de tras-

torno de conducta (hiperactividad, rebeldía, desobediencia) o puede ser postergada (en la juventud), y hasta en etapas tardías de su vida (adulthood, vejez). Tarde o temprano tiene que enfrentar su realidad inicial. Si lo hace al convertirse en adulto quizás esté más preparado para detectarla, afrontarla y analizarla, pero a veces el adulto ni siquiera llega a estar consciente del conflicto y repite errores sin poder controlarlo.

Para Casas Pérez (1999), la solución de conflictos familiares se puede presentar de diversas formas. El sujeto podrá verse encerrado en propuestas paradójicas, generadoras de dificultades del pensamiento y la decisión, aparecidas bajo la forma de confusión, ambigüedad o parálisis; respuestas favorecedoras, a su vez, de la posibilidad de alienarse en el ya dicho de otros. O podrá, quizá, intentar satisfacer fuerzas contrapuestas, deslizándose la realización de una de ellas a algún grado de clandestinidad, al modo transgresivo. El niño entonces puede tratar de "portarse bien" para complacer a los adultos, reprimiendo sus deseos o comenzar a hacer cosas "malas" a escondidas. Cuando el problema de clandestinidad se da en la edad adulta, el sujeto se propone (quizás inconscientemente) experimentar situaciones que no están resueltas en su mente, y trata de demostrarse (y a los demás) que puede resolver la antigua incon-

gruencia familiar replicándola para darle un mejor final. Termina confirmando (si ha entrado en conciencia del conflicto) que los adultos de su infancia estaban equivocados o que fue él quien, efectivamente, percibió de manera distorsionada la situación. Esta última, en todo caso, no es la conclusión a la que puede llegar un niño o un joven, y puede ser la razón de muchos comportamientos inconvenientes que se producen al fallar la comunicación.

### **3. Lenguaje familiar y formación de identidad**

La influencia del lenguaje o discurso verbal de los padres es determinante en el desarrollo personal de sus hijos. En una familia son los adultos quienes dictan las órdenes, establecen normas, transmiten valores, costumbres, tradiciones, y proyectan sus particulares formas de pensar y de ver la vida. Pero esto no impide que en un mismo hogar coexistan individuos con distintos valores e ideales, con rasgos de personalidad distintos y hasta opuestos: un hijo es fuerte, otro es débil, uno es líder y otro es seguidor, y así habrán valientes o temerosos, violentos o pacíficos, apáticos o arriesgados, luchadores o resignados, generosos o egoístas. Estas diferencias se justifican porque la familia no es la única red que establece cada persona, también están las instituciones educativas, las entidades religio-

sas, los amigos y grupos sociales; y, sobre todo, el hecho de que cada persona es un ser individual y puede tener diferentes percepciones de la realidad. La connotación de "bueno" o "malo" por ser de una u otra manera, por poseer o no determinado valor, depende mucho de la apreciación que tengan los padres o "cabezas" de familia sobre las acciones y formas de pensamiento de los hijos. Al comparar un hijo con otro, el padre destaca en uno sus virtudes (compara) y en el otro los defectos (descalifica). Al hijo menos aventajado (a los ojos del padre) lo tildan de "oveja negra", porque no cumple las expectativas puestas en él o porque no alcanzó lo que se le planteaba como "modelo" dentro de la sociedad de la cual formaba parte su familia.

### **3.1. Los hogares son fábricas de "ovejas negras"**

Ser "oveja negra" puede ser un calificativo que de manera verbal y en otras acciones concretas manifiesten los demás hacia el sujeto, o es un sentimiento generado por la misma percepción del sujeto (con o sin fundamento) y que puede producirse en cualquier momento de la vida, no solo durante la infancia o juventud, también siendo adulto, por ejemplo, cuando revisa la evolución de cada miembro de su familia y siente, en comparación, que él ha fracasado. Igualmente puede ser

algo transitorio o permanente: el sujeto cambia y se ajusta a los intereses colectivos volviéndose "oveja blanca" o sigue siendo "negra" y actúa a propósito como tal, con ánimos de venganza o rebeldía. Puede suceder también que llegue un momento en que ya deje de sentirse así, al concluir que son los demás los que están equivocados y que lo están midiendo con diferentes parámetros a los suyos.

Lo cierto es que en el tono afectivo del discurso de los mayores entra en juego, no solo la transmisión de sentimientos, ideales, normas o conocimientos, también se desprende de ellos la valoración sobre un hijo, y éste, especialmente cuando es muy joven, necesita una gran dosis de estímulo y aprobación; cuando la carga de estos elementos es desigual entre hermanos, se generan conflictos, sentimientos oscuros y de baja autoestima en aquel menos considerado. En el transcurso del tiempo, el sujeto puede experimentar eventos positivos con otros grupos o iniciar otras relaciones interpersonales en las cuales puede reivindicar su propia valía y superar esos obstáculos de falta de reconocimiento o constante desaprobación que vivió con sus padres. Lo más frecuente es que el sujeto tenga problemas de adaptación, le faltará seguridad en sí mismo y su autoestima sea baja; o, en contraste,

se vuelva desafiante, impositivo, con poco tacto social o delicadeza para tratar a los demás.

Es así como en los hogares se construyen las bases psicoemocionales a partir de las cuales los hijos van edificando lo que llegarán a ser. Ser oveja negra o blanca es algo relativo, que surge en la mayoría de las familias, en su deseo de mantener el control de sus miembros, sin atender el respeto a la individualidad y la posibilidad de que no siempre se puede actuar de la manera que se nos ha tratado de inculcar, especialmente si ha sido solo a través del lenguaje y no del modelaje.

Maturana (1992) sostiene que el lenguaje se interpone a la razón y a la realidad pero no al sujeto, entre ambos existe una relación cogenérica: el hombre es gracias al lenguaje y el lenguaje es gracias a la esfera social en la cual se desenvuelve el ser humano. Esto se denomina determinación lingüística: el sentido de la realidad se da en una esfera lingüística, y esta se da solo en el convivir, en una esfera social. El lenguaje es la capacidad generada por el acontecer social, esto lleva al hombre a inventar y regenerar un sentido de vida único y totalmente verdadero: cada ser humano tiene la capacidad de producir una realidad diferente pero igualmente válida para cada uno, no se puede criticar la veracidad del otro sino respetarla y entenderla. El sujeto se mueve en distintas redes lingüísticas o realidades y se condensa

en lo cotidiano para convivir con el otro, empata sus acciones, emociones y formas de comunicarse para ser y estar con el otro. Se debe entender primero la esfera lingüística del sujeto para poder involucrarse con su realidad y realizar análisis comunicacionales empáticos, sin perder de vista al otro. Entender la comunicación como una situación dialógica, permite comprender el fenómeno de lo humano como una unidad generadora, al lenguaje como una capacidad que se involucra consigo misma, con el sujeto, el otro y la realidad.

### **3.2. Consecuencias de la dicotomía verbo-acción**

Cuando un sujeto es continuamente descalificado puede cometer acciones irregulares o perjudiciales contra sí mismo o contra los demás. Hay ciertas circunstancias en las cuales subyace un mecanismo -potencialmente nocivo- para producir ovejas negras en serie desde la familia. Una de ellas es la contradicción entre lo que se dice y lo que se hace, actitud típica en muchos padres que aún sin ser premeditada o intencional, representa serias dificultades para el niño. Vidal Fernández (1998) señala que desde la familia el niño construye la realidad social y la organiza emocionalmente; sin embargo, la gente mayor a menudo no considera el efecto que tiene en la vida mental y emocional de un hijo que se le traten de incul-

car principios muy diferentes a los que realmente se atienden, respetan y cumplen en su entorno. Para Rodrigo y Palacios (citado por Vidal Fernández, 1998), los niños son agentes activos en el proceso de construcción de valores, estableciéndose una relación transaccional, aunque asimétrica con el adulto. El niño es un ser pensante y tiene su propia percepción de las cosas, no solo por lo que oye, sino por lo que observa y experimenta, y puede sentir incongruencia entre lo que tratan de enseñarle y lo que hacen los mayores dentro o fuera del hogar. Y como no está preparado para comprender (y no se le explica) que lo que se divulga como bueno es solo lo ideal y no lo real, esto representa un conflicto, y se preguntará continuamente qué es mentira y qué es que es verdad.

Desde que nace el ser humano trata de adaptarse a su entorno y durante los primeros años de vida son los padres o los mayores quienes pueden proporcionarle seguridad y bienestar. Por necesitar la integración y aceptación de los adultos (los que saben y pueden todo) el niño cree en ellos y se aferra a sus conceptos o creencias y trata de seguir sus órdenes o consejos. En este proceso, construye y reconstruye todo lo que va modelando su intelecto y personalidad (conocimientos, pensamientos, sentimientos, acciones, reacciones). A la par, va tratando de distinguir lo que se establece en su

entorno como aceptable o inaceptable, conveniente o inconveniente, transformándose esto en un caos al percibir situaciones ambiguas, porque los adultos no controlan o justifican circunstancias diferentes a los esquemas que el niño se ha venido formando, precisamente por lo que ellos le han inculcado. En una situación como esta el niño puede sentir la necesidad de transferir su admiración hacia otras personas, situaciones o ambientes que le puedan reducir ese nivel de incertidumbre o ambigüedad que percibe en su entorno, sobre todo de los adultos significativos para él y comienza a "desplazar sus ídolos", buscando otros modelos más representativos, bien sea en la fantasía, televisión, literatura, o en otros familiares, en vecinos, personas de la escuela o comunidad. Y no siempre estas nuevas elecciones son acertadas...

### **3.3. Los dobles discursos como origen de los conflictos**

Circunstancias ambiguas para un niño pueden ser las que establecen padres incompatibles -que nunca llegan a un acuerdo entre ellos- o que tienen un doble discurso. Barroso (1995) habla de los dobles vínculos como una manera de fabricar un abandono en el niño, refiriéndose a los mensajes verbales y no verbales, afirmaciones y negaciones: "te quiero y te odio", "te amo y te rechazo", "ven y vete", que no permiten ninguna claridad ni alternativa, y someten

al niño a parálisis, teniendo que decidir desde su confusión e incertidumbre, manteniéndose atrapado, no importa lo que decida. La comunicación doble vincular afecta el triángulo, la seguridad en sí mismo, las definiciones personales, el mundo de relaciones con otros. El doble vínculo destruye la autoestima de la persona, las raíces, los contactos con el ausente y con el presente e incapacita al niño para poder diferenciar sus experiencias. El doble vínculo se da con personas importantes para el niño, por ejemplo, los padres, y representa una encrucijada sin salida: si el niño acepta lo que dice uno, será rechazado por el otro; y si se opone, también. Siempre pierde. El resultado es la confusión, puerta abierta a todo tipo de enfermedades y problemas.

Con padres que dictan normas y principios de convivencia distintos a los que ellos mismos practican, en la familia puede crearse un ambiente lleno de silencios o complicidades sobre situaciones irregulares. En casos como estos el niño quiere ser bueno, pero no sabe cómo, está confundido, pero es algo que aún no entiende ni aprecia conscientemente, tampoco puede decirles a los mayores que no están actuando como dicen que son, o que están equivocados y que son ellos quienes deben cambiar. Cuando el niño crece, está más capacitado para entender ciertas situaciones, y aunque no deja de sentirse

contrariado, quizá no reclame, ya no por miedo, respeto u obediencia al adulto, sino porque ya ha decidido reprogramar su mente para tolerar esa situación que es lo "normal". Pero este conflicto familiar deja secuelas en su vida ulterior, que generalmente sólo se reflejan cuando es mayor (joven o adulto), especialmente cuando establece vínculos de pareja, matrimoniales, o funda otro hogar donde ahora él es el padre y tiene hijos a quienes formar. Comienza entonces a proyectar las viejas dificultades, por ejemplo, cometiendo los mismos errores de sus padres o familiares (replicando modelos de personalidad) o, por el contrario, tratando desesperadamente de no ser como sus padres eran, por un profundo rencor o malestar, por considerarlos causantes de sus sufrimientos. Puede que este sujeto, ya habiendo tropezado o cometido faltas contra sí mismo y contra los demás, comience a entender (y en el mejor de los casos a "comprender") que ser padre o de formar una pareja es una empresa difícil si no se estuvo primero claro consigo mismo como persona individual, si no definió previamente lo que quiere de la vida, si no entendió lo relativo que es ser "bueno" o "malo", o cuáles son los valores, creencias o ideales que debía mantener, eliminar, o en última instancia, "disimular". En fin, si no se establecieron las fronteras entre una identidad personal y una familiar o colectiva, que son

distintas aunque interrelacionadas, que se forman y subsisten en cada ser humano, pero que demandan claridad mental y emocional para poderlas separar y al mismo tiempo engranar.

### **3.4. Pautas sociales, autoestima e identidad familiar**

Los conflictos en la autoestima de un sujeto están estrechamente relacionados con los conceptos emitidos por su familia, la cual a su vez se somete a las pautas sociales. Rojas (2003) señalaba que cada cultura, cada tiempo, fija, de modo implícito y explícito, una gama de ideales y valores a los cuales aspira que se adhiera el mayor número posible de los sujetos que la habitan. También, para Vidal Fernández (1998), la familia es una institución flexible y versátil, muy dependiente del resto de factores sociales, culturales, políticos y económicos. Por ello, siguiendo tradiciones familiares y pautas sociales, los padres determinan roles a cada hijo: a los varones se les permite estar más tiempo en la calle, a las hijas se les inculca el trabajo doméstico, al hijo mayor (preferiblemente si es mujer) se les delega cuidar a los hermanos pequeños, el hijo que se parece al padre debe actuar como él para cubrir sus expectativas personales -esas que no pudo alcanzar y quiere vivir a través del hijo- o para sustituirlo algún día en su profesión o nego-

cios, conservándose así el patrimonio o la tradición familiar.

Sin embargo, cada día las mujeres tienen más oportunidades laborales y los varones menos compromisos familiares, y ambos están menos dispuestos a repetir lo que fueron sus padres al defender sus propias elecciones de carrera, de trabajo, pareja, amistades u ocupaciones, e incluso de inclinación sexual. La realidad nos muestra que aun coexistiendo viejas exigencias y nuevas libertades, si de un miembro de la familia se espera un rol determinado y no lo lleva a cabo porque sus intereses o habilidades personales son diferentes, el rechazo y la crítica familiar suele ejercer presión hasta llegar a minar su autoestima y hacerlo sentir que no tiene valor. Barroso (1995) define la de autoestima como lo que somos, lo que sentimos y pensamos de nosotros mismos, la manera de vernos, querernos, expresarnos, relacionarnos con el mundo; es valorarnos y valorar, reconocernos y reconocer que merecemos ser tomados en cuenta. Cuando hay problemas de reconocimiento por parte de los padres, se puede resquebrajar tanto la identidad personal como la familiar, al sentirse el sujeto desubicado dentro de su grupo primario.

Para Vidal Fernández (1998), la familia es la agrupación humana primordial por antonomasia y la más elemental de todas. Es la piedra

angular de la estructura social y cultural; el lugar donde se construye la cultura: se afianzan las creencias y los valores cognitiva, normativa y emocionalmente en un solo proceso que trenza las tres legitimaciones y las arraiga en la propia definición de la identidad del sujeto en formación. Por ello, es importante revisar nuestras raíces (infancia, juventud o la adultez que aún se comparte con la familia de origen) y buscar en ellas explicaciones cuando tengamos conflictos personales o interpersonales, cuando sintamos que no somos competentes o nuestra vida no funciona como debiera. A través de los tiempos, los juicios sobre la actuación personal van cambiando y siempre producen una situación de desequilibrio intergeneracional que es cíclica y temporal: surge entre hijos y padres, entre padres y abuelos, entre jóvenes y mayores. Ser padres es un reto, cuando se forma una nueva familia se modifican ideales, creencias y estilos de vida, sobre todo si se ha sufrido un enfrentamiento intelectual y emocional en el seno familiar o en un determinado círculo social. Así como fallan los padres (nadie les enseñó a ser padres), muchos de ellos terminan aceptando los errores que cometen sus hijos. A veces no pueden comprender por qué un hijo comete un error o delito, pero tarde o temprano terminan apoyándolo. Difícilmente admiten su cuota de responsabilidad en el proble-

ma y expresan con malestar que han hecho "lo mejor", lo "correcto" y "todo lo humanamente posible" por el bien de su hijo y ahora este "les sale con eso". En esta misma línea de razonamiento, también hay padres que, aún enfrentando problemas graves de sus hijos sostienen muy convencidos que volverían a hacer "todo igual" con ellos. Esto es algo que nos puede parecer primitivo, porque si pudiéramos retroceder el pasado, con la experiencia y sabiduría que la vida nos ha dado, podríamos ser diferentes y mejores, por tanto, evitar cometer los mismos errores. Pero es posible que fueran otros los problemas y tampoco para ellos estaríamos capacitados, porque vivir es un continuo aprender; y eso involucra equivocarnos, rectificar y cambiar, para seguir evolucionando. A pesar de todo, termina prevaleciendo en la mayoría de los padres (con cierto sentimiento de responsabilidad o culpa) el amor por el hijo, básicamente por una poderosa razón: es su hijo.

Asimismo, muchos hijos terminan perdonando a sus padres, al entender (aunque no justificar) sus errores e incongruencias, tras conocer mejor la trayectoria personal de ellos antes de formar el hogar. En este caso se concluye que ellos alguna vez también fueron "víctimas" y no tuvieron la intención de hacer "mal" las cosas. Pero hay personas que nunca olvidan ni perdonan, a

pesar de que llegan a ser padres, y toda la vida sienten rencor y tratan de bloquear esa parte de su vida ignorando a sus padres y familiares porque los siguen culpando de lo que vivieron o siguen rechazando cómo ellos fueron, y ni el pasar de los años cambia su intolerancia. Cuando una persona aprende a aceptar sus propios errores, comienza a perdonar a los demás y puede recuperar esa parte de la identidad familiar que se negaba; y en el mejor de los casos, trata de evitar en su nueva familia el dolor o malestar por el cual pasó, a través de una mejor comunicación con su pareja o sus hijos, esa que nunca existió en su infancia.

#### **4. La identidad no es lo idéntico**

Las ideas de Thiebaut (1997), sintetizan todo lo planteado anteriormente: la identidad no es lo idéntico y por ello las formas de la vinculación social son también formas en las que se ejercen distancia, conflictos y desvinculaciones. Las formas de construcción de identidad no son formas de construcción de adhesiones solamente sino de diferencias, de conflictos y de pluralidad. También para Casas Pérez (1999) todo lo que hace distintivas las relaciones que emprendemos, se encuentra predeterminado por una constante negociación entre lo que somos, los valores que poseemos y

la importancia relativa que le damos a nuestra presencia social y cultural frente a la de otros. Buscamos reafirmar nuestra existencia por comparación con la identidad de los demás, y hasta por franca oposición a ella.

Esto explica por qué los seres humanos necesitan (y esto se acentúa en la primera edad) saber con quienes identificarse para integrarse más fácilmente al mundo que les toca enfrentar. Cuando su propia vivencia desmiente lo que observa de otros, puede sentir que tiene que tomar "algún camino" donde se concilien todas las partes (su mundo, el de los demás y el ideal o como el está pensando que debiera funcionar) para construir una identidad segura, esa que desde el principio siente amenazada por la inestabilidad dentro de su hogar. Y las vías no son siempre las mismas: puede decidir de manera inconsciente -y desde esos primeros años- que él debe cambiar para adaptarse a su situación familiar o social, y en ese intento por complacer a otros puede caer en el doble juego de no seguir siendo como es y transforma radicalmente su personalidad para resistir su medio.

Caputo (2000) indica que condiciones dadoras de identidad pueden llevar a distintas situaciones en la juventud: cuando el joven experimenta un intenso sentido de compromiso hacia la elección libre de su vida y alcanza el "logro de la

identidad", o en circunstancias que llevan a la "hipoteca de la identidad" por la vía de la aceptación de la cultura dependiente de los padres. En el joven con identidad difusa se puede apreciar diferentes conflictos, confusiones e incertidumbre; y finalmente, la situación de "parálisis de identidad", producto de crisis de identidad que conlleva la suspensión de la búsqueda de elecciones de realización personal.

### **5. Cambio biográfico y reformulación de identidad**

Gil Calvo (2001) señala el cambio del ciclo de vida a través de la historia personal: en la sociedad actual hay una mezcla de pautas y principios de diferentes épocas, no todas las familias van al mismo ritmo del cambio social, y este desequilibrio produce un estallido emocional que se traduce en cambios abruptos en la vida de muchos sujetos. De hecho, ya no parece apropiado hablar de "brecha generacional", porque los roles convencionalmente apropiados para jóvenes y adultos están mezclados. Hoy es común que un sujeto solo al comienzo de su vida se aferre a viejos esquemas, porque luego los termina resquebrajando.

Este fenómeno parece estar relacionado con el hecho de que medida que pasa el tiempo resulta menos difícil establecer una relación

de padres a hijos más abierta y flexible -menos prejuiciosa- que la de antaño. Esta mayor propensión a la comunicación surge porque los hijos muestran con sus acciones nuevos caminos deseados -y en gran parte facilitados- por sus padres, quienes posiblemente con esfuerzo y mucho dolor, asumieron tradiciones o prejuicios de sus familias que no respondían a sus propias necesidades ni formas de ver la vida. No es una lucha fácil y en todas las generaciones se repite la historia: lo que a nuestras abuelas y padres les parecía inadmisible o inaceptable de divulgar, hoy en muchas familias se discute y se saca partido de la experiencia ajena, lo que indica que los conflictos de valores dentro de las familias se producen en cualquier tiempo y lugar. Los padres de hoy tratan de ser diferentes permitiendo que el diálogo y el consenso entre a sus hogares: los hijos cuestionan y los padres responden con otro lenguaje, reflejando más ampliamente sus propias realidades.

Esta reformulación de lo íntimo, privado y público, como refiere Rojas (2003), es una de las transformaciones actuales ante el problema del sujeto en la elección o apropiación de las propuestas generales, lo que le posibilite hacerse autónomo al elegir e identificarse o no con determinados valores e ideales de la familia y la sociedad. Consideramos así un sujeto relacional constituido en vínculos, quien se define a

lo largo de su vida a partir de una serie de entramados en los cuales se posiciona, asumiendo posturas alienadas o transformadoras. Cada mujer u hombre, lucha por una mayor conciencia de su libertad para mantener y defender posiciones tradicionales si les son funcionales, o para manifestar abiertamente otras formas de conducta y de pensamiento. Cuando la tradición se vuelve obsoleta y obstaculizadora para el crecimiento personal, da curso a otras posibilidades y experiencias, aunque se fracture la unidad familiar. Este proceso conlleva la urgencia de la reformulación de la estructura familiar y de sus valores, los cuales deben ajustarse a los nuevos tiempos. Sostiene Rojas (2003) que avanzamos por los senderos vacilantes e imprecisos de las grandes transiciones, que desmienten el pasado sin afirmar todavía nuevos y claros referentes.

## **6. Pensarnos en términos identitarios**

Mirar atrás para entender el presente, recapitular nuestros pasos para ubicar en ellos nuestra esencia identitaria (ese filtro que nos hace tomar o descartar valores y conductas, que nos lleva a sentir, pensar y actuar como lo hacemos), no implica que tengamos que volver con frecuencia al pasado, aferrarnos a él o pretender que otros lo hagan, pero

puede ayudarnos a entender (si buscamos respuestas) nuestras actuales afinidades y rechazos, así como nuestros mejores aciertos y más grandes fracasos. Pensarnos en términos identitarios nos obliga a cuestionarnos quiénes somos y qué misión hemos venido a cumplir a este mundo, y también a reconocernos como parte de la raza humana y contribuyentes sociales al destino que habrá de tener el hábitat que ocupamos.

Es probable que ningún adulto de hoy "estará libre de pecados" cuando mañana sus hijos sean quienes se pongan a reflexionar sobre sus vidas, sus identidades y el destino de las sociedades. Es el ciclo de la vida. Lo importante es mirar más allá del presente y saber que se está escribiendo la historia, y procurar que no haya tantos tachones y que la tinta cuente muchas alegrías. Las identidades sanas se construyen en el marco de las negociaciones interpersonales, que permiten a cada quien sentirse respetado y estimado por sus propias condiciones e inclinaciones. Esa es una clave para la supervivencia de las buenas familias, parejas o grupos, el comprender y aceptar que sus miembros son seres individuales y que no es "por encima de" sino "a partir de" sus diferencias, que puede fortalecerse una verdadera relación. Y cada relación que se construye y fortalece se constituye en sí misma una forma de identidad.

Finalmente, es importante señalar que la función generativa del lenguaje lo convoca a hacer acción, a través de él se altera el curso de los acontecimientos, a través de él hacemos que ocurran cosas, por él estamos inscritos en él continuo proceso del devenir, y forjamos nuestra identidad, nuestra existencia, nuestro futuro y sobre todo nuestra realidad. Maturana (1992) señala lo multiverso: existen tantos dominios de realidad como dominios de coherencias operacionales traigamos a la mano con nuestras distinciones a medida que coexistimos como seres humanos, y ninguno es más válido o verdadero que los demás porque no hay nada más allá de ellos; no tiene sentido hablar de objetos, cosas o entidades de cualquier naturaleza más allá del lenguaje, porque todos ellos surgen con el lenguaje. Esto abre el camino para nuevas realidades, nuevas formas de sentir, de vivir, convivir, conocer y reconocer; y se habilita un curso de acción en el cual procuremos desenvolvemos como verdaderos seres humanos.

## **Conclusiones**

Siempre será el tiempo de reflexionar sobre los cambios en la moral y la cultura en el marco de las tradiciones y prejuicios vs los nuevos valores de cada sociedad, por ello, hoy

en día es importante entender el papel del lenguaje en la formación de identidades, las cuales se crean y se reformulan constantemente a partir del colectivo, de la interrelación de un sujeto con otros. En este intento de explorar las consecuencias del lenguaje con respecto al individuo, su realidad y sus estructuras sociales, un enfoque constructivista y la biología como materia, nos permiten formular nuevos paradigmas de la comunicación, del lenguaje como constructor de realidades, y del individuo como creador, instructor y configurador de mundos. Desde esta perspectiva se asume al ser humano desde una red lingüística perteneciente a una comunidad del convivir, es decir, un espacio lingüístico constructor, generador y modificador de realidades, medios, experiencias, sentidos y percepciones. Al determinar que las entidades surgen del lenguaje, se abandona toda pretensión de acceso a la verdad: la realidad es producto del individuo y éste a su vez del lenguaje. Se convoca a la no existencia de la realidad objetiva: no hay realidad que se separe del observador. La verdad es un juego de coherencias entre sujeto y objeto, entre lo interno y externo, son proposiciones que nos imponemos para coordinar acciones, inventarnos y reinventarnos dentro de la deriva histórica y poder funcionar con los otros.

### Referencias bibliográficas

- BARROSO, M. (1995). **La experiencia de ser familia**. Venezuela: Editorial Pomare.
- CAPUTO, L. (2000). **Identidades trastocadas de la juventud rural en contextos de exclusión**. Asunción, Paraguay: Reunión Anual sobre juventud de CLACSO, San José.
- CASAS PÉREZ, M. (1999). **La identidad nacional mexicana como problema político y cultural**.
- DÍAZ QUIÑONES, J.V. (2008). **Vida y Obra de Humberto Maturana: Un acercamiento en torno al lenguaje y la comunicación**. Comunicología: indicios y conjeturas. México: Dpto. de Comunicación, Universidad Iberoamericana Ciudad de México, 2da Época, No 10, Otoño 2008.
- GIL CALVO, E. (2001). **Identidades complejas y cambio biográfico**. Madrid: Universidad Complutense.
- HALPERIN, JORGE (1992). **Diálogo con Humberto Maturana sobre la realidad y el conocimiento**. Comunicación Social San Pedro; consulta: junio 2012. Internet: [http://www.puntoedu.edu.ar/comunidades/ciencias\\_sociales/comunicacion/sanpedro/comunicacion\\_estrategica/textos/nota\\_clarin.htm](http://www.puntoedu.edu.ar/comunidades/ciencias_sociales/comunicacion/sanpedro/comunicacion_estrategica/textos/nota_clarin.htm)
- MAALOUF, A. (1999). **Identidades asesinas**. España: Alianza Editorial, S.A., Madrid.
- MATURANA, H. y VARELA, F. (1995). **De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo**. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- ROJAS, M.C. (2003). **Ideales y valores: la familia del entresiglo**. Actas Congreso de la Federación Latinoamericana de Psicoterapia Analítica de Grupo. Argentina.
- THIEBAUT, C. (1997). **Los valores morales en la familia española**. España: Universidad Pontificia Comillas de Madrid.
- VIDAL FERNÁNDEZ, F. (1998). **El devenir de la familia: vaciamientos y reevaluación**. España: Universidad Pontificia Comillas de Madrid.